

“HERMANOS” QUE ASESINAN

El periodista argelino-francés Mohamed Sifaoui relata en un libro su investigación de tres meses como infiltrado en un grupo de islamistas radicales en Francia. A dos años de la caída de las Torres Gemelas, su documento ofrece una mirada reveladora e inquietante acerca de cómo puede operar el fundamentalismo musulmán al interior de una democracia.

MARCEL OPPLIGER

“**P**erdón, ¿es usted musulmán?”, le preguntó el periodista al individuo de frondosa barba y llamativo atuendo árabe de pie al fondo de la sala durante el juicio contra Boualem Bensaïd y Smaïn Aït Ali Belkacem, dos musulmanes acusados de participar en la ola de atentados con bombas en París que dejó 8 muertos y 200 heridos en 1995.

“¡Sí! Lo soy”, respondió el sujeto. Con este intercambio se inició para Mohamed Sifaoui una investigación periodística que lo llevaría, desde octubre de 2002 hasta enero pasado, a infiltrar un grupo de musulmanes radicales, residentes en la capital francesa, haciéndose pasar por fundamentalista.

Durante ese tiempo llevó un diario de sus actividades como “hermano” de los integristas y obtuvo imágenes con cámara escondida. El resultado fue un reportaje transmitido por el canal France 2 y la publicación del libro *Mis hermanos asesinos*, ya traducido al espa-



En 1996, Mohamed Sifaoui escapó por poco a una bomba de extremistas islámicos que destruyó el diario donde trabajaba en Argel.

ñol por Editorial Aguilar.

La persona que conoció Sifaoui en el tribunal parisino resultó ser Karim Bourti, un arge-

lino que dejó su país para radicarse en Francia a inicios de los ‘90, después de que se desató en su país una guerra civil entre el gobierno militar y grupos islámicos integristas. En 1998 Bourti fue arrestado durante la redada que precedió al Mundial de Fútbol y condenado a tres años de prisión por “asociación criminal con miras a una actividad terrorista”.

Libre nuevamente y sin actividad laboral conocida, Bourti asistía a las audiencias del proceso e intercambiaba descaradas sonrisas y guiños con los dos acusados, ambos musulmanes y evidentemente contentos de tener a alguien de su lado entre el público.

Abordado por Sifaoui, quien cubría el juicio para un periódico, se dio la casualidad de que Bourti lo reconoció como antiguo alumno de una escuela argelina a la que ambos habían asistido. Aprovechando este nexo personal, pronto comenzaron las conversaciones acerca de “la causa”, las alusiones a la “acción decidida” y el interés de Bourti por saber si la posición de Sifaoui como periodista le daba acceso a información sobre personalidades de la comunidad musulmana en Francia. Cuando Si-



“La tarea de Karim y su grupo consistía en ocuparse de todo el aspecto logístico que precede o sigue a las operaciones terroristas. Su papel es recabar información, recolectar dinero y hacer proselitismo para inductar a nuevos adeptos. Es el coordinador de la red, junta dinero, proporciona enseñanzas en contacto y precus documentos de identidad falsos.”

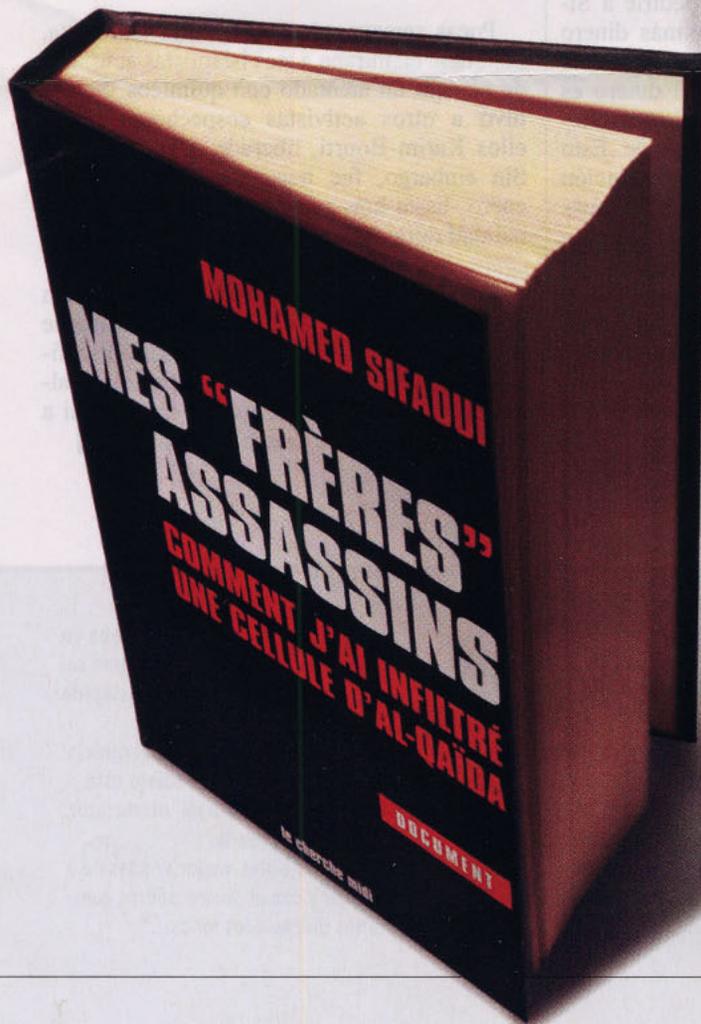
faoui -que compara al fundamentalismo islámico con el fascismo- le preguntó para qué necesitaba los datos, su interlocutor no vaciló en responder “los vamos a afilar (asesinar), ¿qué te creías?”.

“Era claro, por cierto, que los miembros de esta célula no eran operativos”, escribe Sifaoui. “Sin embargo, la tarea de Karim y su grupo consistía en ocuparse de todo el aspecto logístico que precede o sigue a las operaciones terroristas. Su papel es recabar información, recolectar dinero y hacer proselitismo para inductar a nuevos adeptos. Karim es, evidentemente, el coordinador de la red. Conoce a todo el mundo, junta dinero, proporciona enseñanza religiosa, pone a las personas en contacto y, cuando hace falta, les procura documentos de identidad falsos. Estoy convencido de frecuentar no sólo a islamistas, sino a los miembros de una célula terrorista. En efecto, el terrorista no es únicamente el que coloca la bomba, sino igualmente el que le proporciona un escondite, le da informaciones y pone a su disposición el nervio de la guerra: el dinero.”

Como explica el autor a **Qué Pasa**, “al mirar sus actividades cotidianas y analizarlas, no hay nada de ilegal en lo que hacen. La justicia es a menudo impotente, porque el marco legal no está adaptado a las sutilezas de la amenaza terrorista. El adoctrinamiento son sesiones de cursos de religión que no se pueden calificar de delito, ni siquiera se pueden definir”.

LA AGENDA DE UN RADICAL

Para lograr la confianza de Bourti y parecer un fundamentalista convincente, Sifaoui debió seguir ciertas reglas. El reloj siempre en la muñeca derecha (“el lado de la pureza”); no entrar en tiendas de judíos ni llevar alhajas de oro (metal prohibido a los hombres en el Islam), y no tocar -ni menos besar- a ninguna mujer. Además, no beber alcohol ni fumar, y en lo posible no afeitarse (y si lo hace, sin loción). Por supuesto, impensable olvidar ninguna de las 6 oraciones diarias de todo musulmán observante.





“La tarea de Karim y su grupo consistía en ocuparse de todo el aspecto logístico que precede o sigue a las operaciones terroristas. Su papel es recabar información, recolectar dinero y hacer proselitismo para inculcar a nuevos adeptos. Es el coordinador de la red. Junta dinero, proporciona enseñanza religiosa, pone a las personas en contacto y procura documentos de identidad falsos”.

Por fortuna para él, tanto Bourti como los demás fundamentalistas de su entorno se comportaban como aficionados. No hicieron un intento serio por verificar la identidad de Sifaoui (que usaba el nombre falso de Djamel), su domicilio o lugar de trabajo. Su único chequeo consistió en interrogarlo sobre puntos doctrinales del Islam, los nombres de líderes fundamentalistas en prisión o en el extranjero, y acerca de la historia de las numerosas facciones musulmanas.

A poco andar, Bourti reveló una de sus funciones principales: recolectar dinero para los islamistas presos en Francia. Luego, hacía llegar las “informaciones delicadas” a los detenidos a través de prisioneros condenados por delitos menores, ya que eran menos vigilados por los gendarmes. “Le gustaba sobre todo hablar de la Jihad, la guerra santa, y me confesó que su sueño era morir como mártir por la causa de Alá”, escribe el periodista.

Pero quizás la función más importante de Bourti era reclutar y adoctrinar a nuevos adeptos. En general, se trata de jóvenes árabes -no siempre musulmanes- que por distintas razones no se integran a la sociedad francesa. Eso los hace presa fácil para quienes ofrecen darles sentido y propósito a sus vidas. Después de todo, la idea de morir como

mártir en una guerra lejana -Afganistán, Chechenia, Pakistán, entre otras- tiene una poderosa carga de romanticismo y aventura. Por eso, mucho del tiempo que el periodista pasa con Bourti transcurre al interior de mezquitas, ya sea orando o asistiendo a clases de religión en las que el Islam se presenta como la única religión verdadera.

DOS CARAS, DOS DISCURSOS

Bourti sabe que en Francia sus puntos de vista son execrados por la mayoría, por eso explica a Sifaoui la importancia de tener un doble discurso frente a Occidente. “La guerra es el ardid”, afirma Bourti. Al pedirle a Sifaoui que lo ayude a recolectar más dinero para “la causa”, le explica el procedimiento. “Si son musulmanes, diles que el dinero es para los hermanos en la cárcel. Si son infieles, diles que es para los pobres”, dice. Esto es conocido como *takiya*, una disimulación en tiempos de guerra que consiste en “jamás divulgar tus verdaderos pensamientos a un no-musulmán”, explica el periodista.

De esta forma, convencido por Sifaoui de conceder una entrevista a un programa de televisión (“para defender la imagen de los musulmanes”, es el argumento del periodista), Bourti ofrece su mejor rostro ante las cámaras, cui-

dando bien de hablar de integración de todos los musulmanes a la sociedad francesa. Incluso compra dulces árabes para ofrecerlos a los periodistas. A sus espaldas, se burla de que puedan creer en un islamismo “moderado”.

Pero también hace declaraciones que contradicen su discurso público. “Cuando Argelia y Túnez se conviertan en estados islámicos, no nos quedaremos de brazos cruzados. Propondremos el Islam a Chirac y a Blair, y si no lo aceptan, entonces empezaremos nuestras conquistas”, declara convencido. Y agrega, “es necesario que toda la Tierra sea gobernada por la palabra de Alá”.

Pocas semanas después de esa entrevista, la policía capturaba a tres islamistas acusados de planear un atentado con químicos. Se detuvo a otros activistas sospechosos, entre ellos Karim Bourti, liberado a los dos días. Sin embargo, fue nuevamente detenido en enero -hasta hoy- por “agresión a una personalidad religiosa”.

Hoy el autor se encuentra bajo protección policial, pero contó a **Qué Pasa** que acaba de pasar un mes en Afganistán y Pakistán realizando un reportaje para la televisión que saldrá en estos días. ¿Y de qué se trata? “Fui a buscar a Osama Bin Laden”, responde. **QP**

Disfrazado de extremista

1. “DECIDÍ CAMBIAR de tema y orientar la conversación hacia Bin Laden, la guerra santa y la religión en general. Lo sentía sobre aviso. Era hablador pero aún permanecía discreto respecto de sus actividades y proyectos. Era todavía demasiado pronto. Karim, por el contrario, no se privaba de hacerme preguntas. Se mostraba particularmente interesado por informaciones acerca de Dalil Boubakeur, rector de la mezquita de París, y Soheib Ben-

cheikh, rector de la de Marsella. En 1998, la red a la que pertenecía Karim había proyectado asesinar a Dalil Boubakeur. Para Karim, el asesinato de ambos rectores sería lícito, ya que éstos habían sido declarados infieles por unos ulemas saudíes con los cuales Karim y sus otros hermanos estaban en contacto...”

2. “ESE DÍA, LOS HERMANOS parecían mirarme de forma extraña. No com-

prendía por qué. (...) Karim me escuchaba con aire incómodo, pero yo veía que no se decidía a decirme por qué. Le pregunté:

-¿Qué pasa, Karim? Tengo la impresión que quieres decirme algo desde hace rato.

-Es por tu boina...

-¿Qué tiene de malo mi boina?

-Perdóname, hermano, pero con esa boina te pareces a un judío ortodoxo. Nuestra religión nos prohíbe parecer-

nos a los judíos y a los infieles. No sabía si reír o llorar. Ahí estaba yo, en el corazón del integrismo, pero sobre todo en el corazón de la estupidez humana. (...)

-¿Que parezco judío? ¡Qué desgracia! ¡Voy a quitarme de inmediato esta porquería!, le solté a mi interlocutor, señalando la prenda.

-¡No! No lo botes, mejor véndeselo a un infiel y con el dinero podrás comprarles dulces a los niños...”